

JOHN NORMAN

CRÓNICAS
DE LA CONTRATIERRA

LOS CAZADORES DE



Talena, la hija del Ubar Marlenus de Ar, la muchacha que fuera compañera de Tarl Cabot, se halla cautiva de las mujeres pantera, unas belicosas guerreras que esclavizan por igual hombres que mujeres.

Verna, su cabecilla, fue en un tiempo prisionera del mismo Marlenus, y no desdeña la oportunidad de desafiar al hombre más poderoso de todo Gor.

Y así, Tarl Cabot y Marlenus inician separadamente la persecución de Verna, sin sospechar que ello les conducirá a una temible serie de luchas y traiciones entre distintos bandos que tienen un solo objetivo: capturar al Ubar y al Guerrero de Gor.

En esta nueva novela del cruel mundo de la Contratierra, John Norman nos devuelve a viejos personajes ya conocidos en anteriores títulos de la serie, envolviéndolos en nuevas y más emocionantes aventuras.

1. RIM

—No me complace la idea —dijo Samos, levantando la mirada del tablero— de que viajes a los bosques del norte.

Miré el tablero. Cuidadosamente, coloqué el tarnsman Ubar en escriba Ubar seis.

—Es peligroso —insistió.

—Tú mueves —contesté pensando en el juego.

Amenazó el tarnsman Ubar con un lancero que colocó en su Ubar cuatro.

—No nos importa arriesgarte —dijo Samos. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿No nos importa? —pregunté.

—A los Reyes Sacerdotes y a mí —explicó Samos.

—Ya no sirvo a los Reyes Sacerdotes —le dije.

—¡Ah, sí! Protege ese tarnsman.

Jugábamos en el salón de Samos, una amplia estancia de ventanas altas y estrechas. Era de noche y algo tarde. Una antorcha brillaba por encima y por detrás de mí, a la izquierda. Las sombras vacilaban sobre los cien cuadrados amarillos y rojos del tablero. Las piezas del juego, pesadas, parecían altas sobre él, y proyectaban sus sombras en dirección contraria a la de la llama, atravesando la superficie plana sobre la que jugábamos.

Estábamos sentados con las piernas cruzadas en el suelo, encima de las baldosas, inclinados sobre el tablero.

Oí el tintineo de los cascabeles que rodeaban el tobillo izquierdo de una muchacha.

Samos llevaba puestos los ropajes azules y amarillos propios de los mercaderes de esclavos. En realidad, él era el mercader de esclavos más importante de Puerto Kar, y Primer Capitán en el Concejo de Capitanes de la ciudad, ente que, desde la caída de los cuatro Ubares, es el órgano soberano de Puerto Kar. También yo era miembro del Concejo de Capitanes. Yo, Bosko, de la Casa de Bosko, de Puerto Kar. Me vestía con una túnica blanca, tejida en lana de los Hurt, importada de la distante Ar, rematada con una franja de tejido dorado, de Tor, pues aquéllos eran los colores del Mercader. Pero bajo mi túnica llevaba los ropajes de los guerreros.

A un lado de la estancia, desnudo, con las muñecas atadas a la espalda, y los tobillos sujetos por cortas cadenas, se hallaba arrodillado un hombre corpulento; tenía la garganta rodeada por una gruesa tira de hierro. Le flanqueaban dos guardas, que permanecían de pie ligeramente detrás de él. Llevaban puestos sus cascos y portaban sus espadas de acero goreano. La cabeza del hombre había sido afeitada hacía algunas semanas, pero no completamente; habían recortado una franja de cabellos de unos tres centímetros de ancho que iba desde la frente a la nuca. El cabello, negro y todavía muy corto, había comenzado a crecer de nuevo. A excepción de la franja, su cabello era negro e hirsuto. Era un hombre fuerte. Aún no había sido marcado, pero era un esclavo. El collar que llevaba puesto así lo proclamaba.

La muchacha se arrodilló a un lado del tablero. Se cubría tan sólo con un breve trozo transparente de seda roja, seda de esclava. Su belleza era manifiesta. Llevaba un collar amarillo brillante. Tenía el cabello y los ojos oscuros.

—¿Puedo servir, amos? —preguntó.

—Paga —dijo Samos, ausente mirando hacia el tablero.

—Sí —respondí yo.

Se retiró con un resonar de cascabeles. Me fijé en que al marcharse pasó junto al hombre arrodillado, y lo hizo como

una esclava, con la cabeza alta y provocándole con su cuerpo.

Vi cómo se le llenaban los ojos de rabia al hombre. Oí cómo se movían sus cadenas. Los guardas le ignoraron. Sabían que estaba bien sujeto. La muchacha se echó a reír y siguió su camino, para traer el paga que había de servirnos.

—Cuidado con tu tarnsman —dijo Samos.

En vez de eso, yo llevé mi Ubar a tarnsman Ubar uno.

Miré fijamente a Samos.

Volvió a centrar su atención en el juego.

No tomó el tarnsman Ubar con su lancero. Levantó sus ojos hacia mí y defendió su Piedra del Hogar colocando su Escriba en Ubar uno para así poder controlar su tarnsman Ubar tres y la diagonal con la que matar.

—He sabido que Talena, hija de Marlenus de Ar, ha sido llevada como esclava a los bosques del norte —le dije.

—¿Dónde has obtenido esta información? —preguntó él.

Samos era siempre muy desconfiado.

—Por una esclava que estaba en mi casa —le dije—, una muchacha bastante hermosa, llamada Elinor.

—¿Esa El-in-or que es propiedad de Rask de Treve?

—Sí —repuse, y sonreí—. Conseguí cien piezas de oro por ella.

—Sin ninguna duda, por semejante precio Rask de Treve se asegurará de que ella le devuelva con creces ese dinero a cambio de placer.

Sonreí.

—No lo dudo —concentré mi atención en el tablero—. Sin embargo —proseguí—, sospecho que entre ellos hay un verdadero amor.

Fue Samos quien sonrió entonces.

—Amor por una esclava.

—¿Paga, amos? —sugirió la muchacha de cabello oscuro, arrodillándose junto a la mesa.

Samos tendió su copa hacia ella sin mirarla. La muchacha la llenó.

Tendí mi copa y la llenó igualmente.

—Retírate —dijo Samos.

Ella se retiró.

—Amor o no —dijo Samos estudiando el tablero—, seguro que él le hará llevar un collar, porque es un hombre de Treve.

—Sin duda —admití. Y a decir verdad, no tenía la menor duda de que Samos acertaba en cuanto había dicho. Rask de Treve, por más que estuviese enamorado de ella y ella de él, la mantendría en la absoluta esclavitud de una goreana cautiva puesto que él era de Treve.

Moví mi jinete de Tharlarión Alto Ubar para dirigirme a la casilla en la que se encontraba la Piedra del Hogar ampliamente protegida.

—Ha pasado mucho tiempo desde que eras el Compañero Libre de Talena, hija de Marlenus —dijo Samos—. Los vínculos que unen a los Compañeros Libres se extinguen si no se renuevan anualmente... Y, además, fuiste esclavo en una ocasión.

Miré el tablero con enfado. Era cierto que el vínculo que nos unía había quedado disuelto al no haberse renovado, a los ojos de la ley goreana. Y por si me cabía la menor duda, en caso de que la relación no se hubiese extinguido por esa causa, era muy cierto que desaparecía de golpe al adquirir cualquiera de las dos personas la condición de esclavo. Recordé contrariado, lleno de rabia, el delta del Vosk, donde yo, a pesar de ser miembro de la casta de los guerreros, supliqué de rodillas me fuera concedida la ignominia de la esclavitud antes que la libertad de una muerte honorable. Sí, yo, Bosko de Puerto Kar, fui esclavo durante un tiempo.

—Tú mueves —le dije.

—No estás obligado a ir en busca de Talena.

—Los Reyes Sacerdotes me la arrebataron —le indiqué a Samos con dureza.

—En el juego de los mundos, nosotros no somos importantes.

—Por lo que he sabido, fue llevada hacia los bosques del norte por Verna, la proscrita, con la idea de usarla como cebo para conseguir capturar a Marlenus de Ar, quien se dice está dispuesto a rescatarla. Marlenus capturó a Verna durante una cacería. Capturó también a sus muchachas. Las enjauló y las exhibió como trofeos. Pero se escaparon y desean vengarse de él.

—Harías bien quedándote en Puerto Kar.

—Talena es retenida como esclava en los bosques del norte —le repliqué.

—¿La amas todavía? —preguntó Samos mirándome fijamente.

Me sobresalté.

Durante años Talena, la espléndida Talena, había formado parte de mis sueños más profundos, mi primer amor, mi amor siempre recordado. Había ardido en mis recuerdos de manera imborrable. La recordaba al sur de Ar, en la caravana de Mintar, en el gran campamento de las hordas de Pa-Kur, en el esbelto cilindro de justicia de Ar, o en una Ko-roba alumbrada por la luz de una lámpara de aceite, cuando, entrecruzando nuestros brazos, bebimos los vinos de la ceremonia por la que nos convertimos en Libres Compañeros.

—¿La amas? —preguntó Samos.

—¡Por supuesto! —grité, enfadado.

—Han pasado muchos años.

—No importa —musité.

—Quizás tanto tú como ella ya no sois como erais.

—¿Te atreverías a decir lo mismo con una espada?

—Tal vez, siempre que tú consiguieses demostrar la pertinencia de ese procedimiento con respecto a lo que estamos comentando.

Bajé los ojos, furioso.

—Es posible —dijo Samos— que ames una imagen y no una mujer. Que no ames a una persona, sino a un recuerdo.

—Quienes no han amado nunca —le dije con aspereza— no pueden ni deben hablar de algo que desconocen.

Samos no pareció enfadarse por mi comentario.

—Tal vez —dijo.

—Tienes que mover —le recordé.

Miré al otro lado de la habitación. A unos metros de nosotros, arrodillada sobre el mosaico del suelo, cubierta por aquella breve porción de seda, con la jarra de bronce llena de paga junto a ella, se encontraba la esclava, lista para acudir en cuanto la reclamásemos. Tenía el cabello oscuro y era hermosa. Miró al esclavo encadenado, echó la cabeza hacia atrás y se alisó el cabello, largo y oscuro. El joven, arrodillado entre dos guardas, fijó los ojos en ella. La esclava le observó, sonrió despectivamente y finalmente miró en otra dirección con aire altivo y aburrido. Noté, a pesar de las cadenas que sujetaban sus muñecas, que el esclavo apretaba los puños.

—¿Y qué me dices de Telima? —preguntó Samos.

—Lo entenderá —le dije yo.

—Me han informado de que esta tarde, después de que saliste de tu casa, ha regresado a los pantanos.

Me levanté rápidamente.

Estaba aturdido. Todo daba vueltas a mi alrededor.

—¿Qué esperabas que hiciese? —preguntó Samos.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —grité.

—¿Y qué hubieras hecho de haberlo sabido? ¿La habrías encadenado con una argolla de esclava a tu lecho?

Le miré lleno de rabia.

—Es una mujer que tiene su orgullo y su nobleza —añadió Samos.

—La quiero...

—En ese caso, ve a las marismas y búscala.

—Tengo... Tengo que dirigirme a los bosques del norte —balbucí.

—Constructor a Escriba Ubar —dijo Samos, moviendo una pieza de madera de cierto tamaño hacia mí.

Miré al tablero. Tendría que defender mi Piedra del Hogar.

—Tienes que elegir entre las dos.

¡Me sentí lleno de rabia! Di algunos pasos por la estancia iluminada por la antorcha. Golpeé con fuerza las piedras de la pared. ¿Es que Telima no podía entenderlo? ¿No podía entender lo que yo tenía que hacer? Yo había trabajado con todo mi esfuerzo en Puerto Kar para construir la casa de Bosko. Había conseguido una alta posición en aquella ciudad. ¡La silla curul que acompañaba mi mesa era de las más respetadas y envidiadas de todo Gor! ¡Con el honor que representaba ser la mujer de Bosko, mercader y almirante! ¡Y sin embargo, ella le había vuelto la espalda a todo! ¡Me había ofendido! ¡Se había atrevido a ofenderme! Las marismas no tenían nada que ofrecerle. ¿Acaso estaba dispuesta a rechazar el oro, las piedras preciosas, las sedas y la plata, las monedas que desbordaban los arcones, los vinos selectos, los sirvientes y los esclavos, la seguridad de la casa de Bosko para preferir la libertad solitaria y el silencio de las marismas de sal del amplio delta del Vosk?

¿Esperaba que saliera corriendo tras ella, rogándole desconsolado que regresase, mientras Talena, que había sido mi compañera, se hallaba encadenada como esclava en los crueles bosques del norte? Sus trucos no iban a servirle de nada.

¡Que se quedase allí hasta que tuviera bastante y entonces volvería arrastrándose hasta los portales de la casa de Bosko, sollozando y arañando la puerta como un pequeño eslín doméstico, para que la admitiese de nuevo en casa!

Pero yo sabía que Telima no iba a regresar.

Me eché a llorar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Samos sin levantar la vista del tablero.

—Por la mañana salgo hacia los bosques del norte.

—Tersites —dijo Samos sin levantar la vista— está construyendo un barco preparado para navegar más allá de los límites del mundo.

—Ya no sirvo a los Reyes Sacerdotes —le contesté.

Limpié mis ojos con la manga de mi túnica de lana. Regresé para ponerme en pie frente al tablero.

Mi Piedra del Hogar estaba amenazada.

Sin embargo, me sentía fuerte y capaz de resistir. Llevaba mi espada conmigo. Yo era Bosko. Había sido uno de los guerreros.

—Piedra del Hogar a Tarnsman Ubar uno —le anuncié.

Samos movió la pieza por mí.

Señalé con la cabeza hacia el esclavo desnudo que estaba encadenado, flanqueado por los guardas.

—¿Es éste el esclavo? —le pregunté a Samos.

—Acercadlo —ordenó Samos.

Los dos guardas, sin quitarse los cascos, lo pusieron en pie y lo condujeron hasta donde nos encontrábamos nosotros, medio arrastrándole, medio acompañándole, mientras la sujetaban por los brazos. Le obligaron a ponerse de rodillas y empujaron su oscura e hirsuta cabellera sobre las baldosas, a nuestros pies.

La esclava se echó a reír.

Cuando el guarda retiró la mano del cabello del esclavo, éste se enderezó y nos miró directamente.

Parecía orgulloso. Fue algo que me agradó.

—Tienes un barbero poco corriente —dijo Samos.

La franja que habían afeitado en su cabeza señalaba que había sido capturado, y vendido, por mujeres pantera de los bosques del norte. El haber sido hecho esclavo por mujeres que, al cansarse de él, lo habían vendido, consiguiendo así un beneficio a su costa, era una de las mayores vergüenzas que un hombre podía conocer.

—Dicen que sólo los enclenques —dijo Samos—, los estúpidos y los hombres que merecen ser esclavos, caen en manos de esas mujeres.

Los brillantes ojos del joven se clavaron en Samos. Pude notar que apretaba de nuevo los puños, atados a su espalda.

—Yo fui en otro tiempo esclavo de una mujer —le dije.

El hombre me miró sorprendido.

—¿Qué crees que hay que hacer contigo? —le preguntó Samos.

Me fijé en el collar de metal colocado alrededor de la garganta del hombre y que había sido martilleado, algo bastante frecuente en un esclavo. Le habrían colocado la cabeza sobre un yunque para curvar el metal alrededor de su cuello a base de golpes.

—Lo que deseáis —dijo, arrodillándose frente a nosotros.

—¿Cómo fuiste hecho esclavo? —pregunté.

—Como podéis ver, caí en manos de mujeres.

—¿Cómo ocurrió?

—Cayeron sobre mí cuando dormía. Me desperté al sentir un cuchillo en mi garganta. Me habían encadenado. Se divertieron cuanto quisieron. Cuando se hartaron de mí, me cogieron, colocaron una tira de cuero alrededor de mi cuello y me maniataron, y me llevaron a una playa solitaria, cerca de Thassa, en el borde oeste de los bosques.

—Es un punto de encuentro muy conocido —dijo Samos—. Allí fue donde uno de mis barcos lo recogió junto a otros. —Miró al hombre—. ¿Te acuerdas de tu precio?

—Dos cuchillos de acero y cincuenta puntas de flechas, también de acero.

—Y catorce libras de caramelos duros, de las cocinas de Ar —sonrió Samos.

—¿Qué destino te espera?

—Sin duda ser un esclavo de galeras.

Los grandes mercaderes de galeras de Puerto Kar y Cos y Tyros y de otros lugares con poderío en el mar, utilizaban pobres desgraciados como aquél, alimentándolos a base de caldo de guisantes y pan negro, manteniéndolos enca-

denados en los puestos desde los que remaban, bajo el látigo de los amos, midiendo el paso del tiempo por el ritmo de las comidas y los golpes y los remos.

—¿Qué hacías en los bosques del norte? —le pregunté.

—Soy un proscrito.

—Eres un esclavo —le recordó Samos.

—Sí, soy un esclavo.

La esclava, cubierta con el breve trozo de seda, seguía de pie sosteniendo la jarra de bronce con el paga, de manera que miraba al esclavo desde una posición de superioridad.

—Pocos viajeros atraviesan los bosques del norte —remarké.

—Por lo general —dijo— me dedicaba al pillaje fuera de los bosques —miró a la muchacha—. A veces robaba dentro de ellos.

La esclava se sonrojó.

—Cuando fui capturado —prosiguió mirando a Samos de nuevo—, estaba intentando conseguirme una esclava.

Samos sonrió.

—Creí que era yo el que estaba cazando mujeres —dijo él—, pero eran ellas las que estaban tratando de atrapar a mí.

La muchacha se echó a reír.

Él bajó los ojos enojado.

Luego alzó la cabeza.

—¿Cuándo seré enviado a galeras? —preguntó.

—Eres fuerte y atractivo —dijo Samos—, espero que una mujer rica se anime a pagar un buen precio por ti.

El hombre lanzó un grito de rabia, intentando ponerse en pie y luchando con sus cadenas. Los guardas, sujetándole por el pelo, le obligaron a ponerse de nuevo de rodillas.

Samos se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué debería hacerse con él? —le preguntó.

—¡Venderlo a una mujer! —rió ella.

El hombre se revolvió entre las cadenas.

—¿Conoces bien los bosques del norte? —le pregunté.

—¿Qué hombre conoce bien los bosques del norte? —preguntó a su vez.

Le miré.

—Puedo vivir en el bosque —dijo él—. Y conozco cientos de pasangs cuadrados al norte y al oeste del bosque.

—¿Y dices que te capturó un grupo de mujeres pante-ra?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba la que dirigía el grupo?

—Verna.

Samos me miró. Me sentí satisfecho.

—Eres libre —le dije al hombre. Me volví hacia los guardas—. Retirad las cadenas.

Los guardas tomaron una llave y se inclinaron sobre las esposas que sujetaban las muñecas del joven. Abrieron también los grilletos que atenazaban sus tobillos.

Parecía sorprendido.

La esclava se había quedado sin habla y tenía los ojos muy abiertos. Dio un paso hacia atrás, cogiendo fuerte las dos asas de la jarra de paga. Sacudió la cabeza.

Saqué una bolsa con monedas de oro. Le tendí cinco a Samos, con lo que el hombre pasó a ser de mi propiedad.

Se quedó de pie frente a nosotros, sin cadenas. Se frotó las muñecas. Me miró con extrañeza.

—Yo soy Bosko de Puerto Kar. Eres libre. A partir de este momento eres dueño de tus acciones y tus movimientos. Mañana por la mañana partiré hacia los bosques del norte. Si te parece bien, espérame en mi casa, cerca de la puerta del gran canal.

—Sí, Capitán —respondió él.

—Samos —dije yo—, ¿puedo rogarte la amabilidad de hospedar en tu casa a este hombre?

Samos asintió con un gesto de cabeza.

—Necesitará comida, ropas y cuantas armas elija, una habitación, bebida. Y también un baño templado y aceites.

Me volví hacia el hombre.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté. Volvía a tener un nombre puesto que era libre.

—Rim —dijo lleno de orgullo.

No le pregunté su ciudad, dado que era un proscrito. Los proscritos no se toman la molestia de mencionar su ciudad.

La esclava había retrocedido unos cuantos pasos. Estaba asustada.

—¡No te vayas! —le dije ásperamente. Se detuvo.

Tenía un aspecto muy hermoso con aquella breve seda que la cubría. Me fijé en los cascabeles atados a su tobillo izquierdo. Era delgada, de cabello y ojos oscuros. Tenía los ojos muy abiertos. Sus atractivas piernas quedaban enteramente al descubierto dada la brevedad de lo que llevaba puesto.

—¿Cuánto quieres por ella? —le pregunté a Samos.

—Cuatro monedas de oro.

—La compro —respondí, al tiempo que colocaba las monedas en la mano de Samos.

Ella me miró horrorizada.

Uno de los guardas le trajo una túnica a Rim. Abrochó la enorme hebilla del amplio cinturón y sacudió su cabello negro.

Miró a la muchacha.

La esclava fijó sus ojos en mí, suplicante.

La mirada que le devolví fue dura, goreana. La joven sacudió la cabeza, temblando.

Señalé a Rim con la cabeza.

—Eres suya —le anuncié a la esclava.

—¡No! ¡No! —exclamó, y se tendió a mis pies, sollozando y colocó su cabeza sobre mis sandalias—. ¡Por favor, amo! ¡Por favor!

Cuando levantó la cabeza, vio mis ojos y leyó en ellos la inflexibilidad de un hombre goreano.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Samos.

—Tomará cualquier nombre que yo le dé —dijo Rim.

—¿En qué habitación hemos de alojar a este hombre?
—preguntó uno de los guardas.

—Llévadle a una de las habitaciones que destinamos a los mercaderes de esclavos de importancia que llegan de ciudades distantes.

—¿En la habitación Toriana?

Samos asintió con un gesto de cabeza. Tor es una opulenta ciudad del desierto, muy famosa por su esplendor, sus comodidades y sus placeres.

Rim puso a la muchacha de pie sujetándola por el cabello, al tiempo que le hacía girar la cabeza y doblar el cuerpo.

—Ve a la habitación Toriana —le dijo— y prepárame un baño, comida y bebida, y reúne cuanto pueda hacerte falta, cascabeles y productos de cosmética y cosas por el estilo, para complacer mis sentidos.

—Sí, amo —respondió ella.

Él la forzó a girar la cabeza todavía más y ella gimió por el dolor que le producía tener la espalda en aquella postura.

—¿Deseas que me someta a ti ahora mismo? —le suplicó la muchacha.

—Hazlo.

La esclava se arrodilló ante él y alzó la cabeza para mirarle.

—¿Puedo suplicar un nombre? —preguntó ella.

La miró.

—Cara —fue su respuesta.

Se puso de pie y, llorando, salió de la estancia.

—Capitán —dijo Rim mirándole—, gracias por la muchacha.

Le contesté tan sólo con un gesto de cabeza.

—Y ahora, noble Samos —dijo Rim con cierto descaro—, te agradecería que hicieses venir a alguna de las perso-